

de que se cortó el vestido.
Atropéllanse misterios
aquí, estórbanse prodigios
unos á otros que agotan
el discurso más activo.
Concibió virgen el Alba,
parió Virgen á Dios niño,
quedó Virgen después desto,
que como era el Sol divino
el Hombre Dios, ilustrando
á aquel cristal, á aquel vidrio,
los rayos de su substancia
pudo, sin abrir camino,
penetrándose dos cuerpos,
desmentir nuestros sentidos;
tres substancias y una unión
formaron un solo unido,
la divina, la corpórea
y la del alma, ¿hay tal mixto?
Espíritu puro el alma,
barro el cuerpo quebradizo,
Dios el supuesto de entrambos,
¿quién vió en actos tan distintos
tal unidad de diversos?
¿tal distinción de propincuos?
¿tal paréntesco de extraños?
¿tal conformidad de abismos?
Tomó la naturaleza
humana el Verbo divino
mas no la humana persona
porque ésta halló ya impedido
por el eterno supuesto
su lugar, que á confundirlo
con dos personas no fueran
una cosa el Verbo y Cristo.
En efecto, este Hombre Dios,
apenas se vió nacido,
cuando á precio de granates
compra de nosotros hizo,
derramólos al día octavo,
adoráronle pellicos,
postráronse coronas,
huyó amenazado á Egipto,
volvió después de dos años
y llorándole perdido
su Virgen madre á los doce
trocó penas en jubilos
viéndole infante maestro
entre sabios aplaudido.
Catedrático por claustro
de tanto jurisperito
salió en público de treinta
á poner en ejercicio
la restauración del Orbe,
tentóle el dragón precito,
vencióle á los tres combates,
dió al tálamo patrocinio
honrando con su presencia
las bodas que antes bendijo.
Hizo aquel proto milagro
del agua, que vuelta en vino
tantos misterios encierra,
materia dió á tantos libros.
Santificó del Jordán
los raudales cristalinos,
dando testimonio el Padre
al mundo de que era su Hijo.

Soltó la presa después
su amor tierno y excesivo
á tanta suma de asombros,
milagros y beneficios,
que si todas las esferas
sirvieran de pergamino,
sus estrellas caracteres,
tinta los mares y rios,
manos cuantas nacen hojas,
plumas cuantas viven nidos,
desmayaran al sumarlos
pasmaran al escribirlos.
Juntó los Legados doce,
los setenta y dos Discipulos,
Pedro futura tiara,
los demás del Orbe Obispos.
Permitió que le vendiese
el Apóstol fementido;
sacramentóse primero
y hallándose de camino
para su Padre, quedarse
é irse supo á un tiempo mismo.
Sudó en el huerto licores
purpúreos, que los delitos
humanos le antecedieron
aflicciones y fastidios.
Prendióle la ingratitud,
dejáronle sus amigos,
rasgaron su cuerpo á azotes,
dióle corona un espino.
Llevó en la Cruz nuestras penas,
vióle el rigor suspendido
rogando por sus contrarios.
¡Oh amor de Dios inaudito!
Dejó á su madre en custodia
de Juan, allí Vicé Cristo,
quedando con su adopción
mejorado en tercio y quinto.
Oyó al salteador infame
blasfemias y desatinos,
ganando al bueno por serlo
el cielo de prometido.
Intimó su desamparo
al Padre, y el pueblo impío
dándole vinagre y hiel
delito añadió á delito.
Sed de pasar más tormentos
le obligó á decir el *Sitio*
de más hiel, de penas más,
y viendo el plazo cumplido
de la redención del hombre,
libertando á sus cautivos.
«Acabóse», dijo á todos,
del vil tirano el dominio,
Penetró su voz los cielos
y con clamoroso grito
el espíritu dió al Padre
y á los hombres finiquito
de tanto infinito empeño,
pues tácitamente dijo
al inclinar la cabeza:
«Pagado estoy, yo lo afirmo»
(*Baja aquí la cabeza.*)
Conmovióse lo criado;
sintió el sol aquel deliquio
sobrenatural, tan nuevo
que aún hoy asombra á Dionisio.

Ilustró los calabozos
prisión de los bien nacidos,
despejando dadivoso
un seno de los dos Limbos.
Tres días durmió cadáver
sin ser hombre, dividido
lo corporal de su forma
aunque uno y otro divinos.
Resucitó al cabo de ellos
ya impasible, ya vestido
de gloria y eternidad,
penas volvió en regocijos.
De su Iglesia y de su madre
incrédulos satisfizo,
instituyó Sacramentos,
puerta de ellos el Bautismo.
Subió á la diestra del Padre;
en lenguas de fuego vino
aquel tercero de amores
no engendrado, procedido.
Promulgó su ley á todos,
bañó el consagrado río,
que da la primera gracia,
al Orbe nuevo y antiguo.
Congregación de los santos
tiene aquí, que son arrimos
de la barca militante,
pilotos de sus peligros,
doctores que nos enseñan
yugo leve con que unirnos,
preceptos que nos declaran
Pontífices y Concilios.
Volverá segunda vez
á juzgar muertos y vivos,
para premio de los buenos
y de los malos castigo.
Esto es lo que me enseñaste,
esto adoro; aquesto elijo,
corrígeme en lo que yerro
y dame, Tello, el bautismo.
No adquirida, no estudiada
es la doctrina que has dicho,
ciencia infusa te dió el cielo,
por su doctora te admiro.
Mas, quedo, ha entrado gente.
Pues ven, Tello, que es fastidio
de mi descanso el tratar
sino es de Dios; mis cautivos
querrán comer, su socorro
es mi amoroso ejercicio;
llevarélos, como suelo,
ocultamente el alivio
ordinario, vuelva Dios
por su pena y mi peligro,
que es riguroso mi padre.

(Vanse los dos).

ESCENA VII

Salen Doña BLANCA y AXA.

AXA. ¿Estás contenta? ¿no has visto
sombra á Tello de la Infanta,
ingrato, Blanca, contigo?
¿negarás que no se quieren?
BLANCA. Negaré que basiliscos
consólo la vista maten,

pues no muero y esto miro;
desengaños son venganzas,
venganzas son desatinos,
desatinos hace un loco,
loca estoy, perdí el juicio.
Dime adónde está don Diego
que si á Toledo ha venido
á satisfacer su agravio
como vuelva por los míos
le daré...

AXA. ¿Qué piensas darle?
BLANCA. Un alma que sacrifico
á la desesperación.
AXA. ¿Para qué, si yo le rindo
otra que es de más quilates?
Compite, Blanca, conmigo
y envidiarás mis victorias.
BLANCA. ¡Ay cielos! la muerte envidio;
daréle al Príncipe moro,
como me vengue, el dominio
de mi libertad y fama,
satisfaré sus suspiros,
mate á don Tello, y querréle. (*Vase.*)

ESCENA VIII

AXA y ALÍ PETRÁN.

ALÍ. ¿Qué es esto?
AXA. Agencias que libro
en las medras de tu amor,
la Infanta halló en los bajíos
de su salud derrotada,
si no remedios, alivios;
á don Tello quiere bien
y él la paga agradecido,
pondera tú, como (1) hermano,
si esto es virtud ó delito.
Doña Blanca está celosa,
vengala, y haráte digno
de su amor, que éste obligado
crece gigante de niño.
No pierdas esta ocasión
pues ves cuán bien he cumplido
con la agencia encomendada
dichosa en ver que te sirvo.
¡Ay Tello, con qué quimeras
mis celos ejecutivos
buscan remedio á mi agravio,
y qué en vano los resisto!
Vengaréme de la Infanta
mientras con Blanca compito,
que no es poco dar en tierra
de dos, con un enemigo. (*Vase.*)
ALÍ. Si Axa ha sido testigo
de que Tello á mi hermana ama,
quien no fué fiel con su dama,
¿podrá ser leal amigo?
Sea castigo
de su ingratitud, la mía:
ame á la infanta en quien fía
su esperanza;
sea premio la venganza
de su poco firme fe;

(1) En el original: «pondera tu amor hermanos. Corregido, según la edición sevillana.»

consentiré,
ella mora y él cristiano
que á mi hermana dé la mano
porque Blanca me la dé.

ESCENA IX

Alí y DON TELLO.

TELLO. ¿Qué nuevas causas de enojos
dan ocasión á la ira
de Blanca, que si me mira
fulminan rayos sus ojos?
¿Sin hablarme cuando pasa
junto á mí?

Alí. ¿Tello?

TELLO. ¿Señor?

Alí. Dícenme que un nuevo amor
tus pensamientos abrasa,
y á ser verdad, sentiré
descréditos de firmeza
que en nota de tu nobleza
te culpan de poca fe.

TELLO. ¿Yo, Príncipe, amor que nuevo
tenga de mudable fama?

Alí. Tal vez como amor es llama
y ésta se muere sin cebo,
faltándola el interés
hasta en los nobles se apaga.

TELLO. Amor con amor se paga.

Alí. ¿Amor con amor? ¿No ves
que cuando á lo deleitable
se junta lo provechoso
suele un pecho codicioso
rendirse á lo interesable?

Páguese amor con amor
no más, si otro amor se hallase
que con ese amor juntase
intereses de valor,

¿cuál de los dos te parece
que discreto admitirás?
¿amor con amor no más?
¿ó amor con amor que ofrece,
de más á más una Alteza
que á majestad casi aspira?

TELLO. Amor que intereses mira
no es amor.

Alí. ¿Pues qué?

TELLO. Vileza.
Alí. ¿Pues qué será la intención
con que tu fe, aunque cristiana,
deja á Blanca por mi hermana?

TELLO. ¿Por quién, señor?
Alí. Tu afición
me contaron fidedignos
testigos.

TELLO. Querrán ponerme
mal contigo.

Alí. Nunca duerme
la envidia en ojos indignos.
Pero quien me dió este aviso
es de mucha calidad.

TELLO. Bien pudiera la beldad
de la infanta al más Narciso
hacer que de sí olvidado
se rindiera á su hermosura;
pero cuando mi ventura

despeñara mi cuidado,
y el ver que es hija de un Rey
de quien amo me apartara
y por ella profanara
los preceptos de mi ley,
su virtud, su honestidad,
es tan digna que se estime,
que con verla se reprime
la más torpe voluntad;
no haga agravio vuestra Alteza
á mi fe y á su valor.

Alí. ¿Cómo no? Tenla tú amor
y usurpame mi grandeza.

No disimules conmigo;
ámala, dála la mano;
llámate, Tello, mi hermano
como te llamas mi amigo.

Yo te aseguro temores,
no trueques la profesión
de tu antigua religión,
que bien lograrás amores,
aunque de ley diferente;
yo te casaré con ella.

TELLO. A no ser Blanca tan bella,
yo tan fiel, tú tan prudente,
tan poco afecta tu hermana
á todo lo que desdice
su honestidad, contradice
á la permisión cristiana
el favor que te agradezco.
Yo adoro á Blanca, señor.
En fin: ¿no tienes amor
á la Infanta?

Alí. No merezco
apetecer tal empleo,
ni cuando posible fuera
que tal dicha mereciera
diera riendas al deseo.

Alí. Pues, Tello, yo soy tu amigo,
y aunque tengo voluntad
á tu dama, la amistad
ha de poder más conmigo.
Pártete al punto con ella;
tu Rey, á mi intercesión,
te vuelve la posesión
de tu patria; no he de vella
por no ocasionarte enojos
que temo me hagan torcer
de intentos y parecer
tiránias de sus ojos;
joyas y tesoros toma
con que generoso vivas.

TELLO. Señor, pues ¿de ti me privas?
Alí. Hoy has de irte; ¡por Mahomal
hoy tengo de ser espejo
de amigos.

TELLO. Tu gusto haré.
Alí. Di que el reino te dejé;
pues á tu Blanca te dejo. (Vanse.)

ESCENA X

SANTA CASILDA y PASCUAL, de cautivo.

PASCUAL. Sí, señora; de zagal
á doña Branca servía
en la Bureba aquel día

CASILDA. Quiero mucho á los cristianos.
PASCUAL. He lo aquí todo compuesto,
y los manteles encima.

ESCENA XI

Salen el REY MORO y AXA.—DICHOS.

REY. Axa, ¿qué dices?

AXA. Que estima,
no sé si con fin honesto,
la Infanta á don Tello más
que á su ley, padre y hermano;
que quiere más á un cristiano
que á Toledo.

REY. Ciega estás.

AXA. Todas las noches les lleva
por sus manos de comer,
si ahora lo quieres ver
haz por tus ojos la prueba.
A buen tiempo te he traído
por que de dudas te saque;
lleno lleva aquel tabaque
de relieves que ha escondido
de tu mesa, para dar
de comer á los cristianos;
cógela el hurto en las manos.
(Llévante los dos, cada uno por una asa
y sáteles al encuentro el Rey.)

PASCUAL. Dambos lo hemos de llevar,
porque ella sola no basta.REY. ¡Por Mahoma, que he de ser
su verdugo!

PASCUAL. Que comer
tienen bien en la canasta.
Y que cenar.

REY. Detén, loca,
los pasos con que me afrentas.

PASCUAL. Rematamos con las cuentas.

CASILDA. ¡Padre y señor!..

PASCUAL. Tapaboca

con padre y señor le da.

REY. ¿Qué es lo que lleváis ahí?

PASCUAL. Si me lo pescuda á mí,
padre y señor, la verdad
es que ni yo lo endilgué,
padre y señor, ni cocí
la carne, ni el arroz, ni,
padre y señor, lo compré.
Yo señor, padre y señor,
porque yo, señor y padre,
Gila Alonso hué mi madre,
Mari Pabros con amor
me dixo par dell molino,
pero aún no era mi mujer;
ello si lo quiere ver
no tien pizca de tocino.

REY. ¿Qué desatinos son éstos?
¿tú sustentar los cristianos?
¿tú, torpe, infamas tus manos?
¿tú en amores deshonestos
con los que aborrece Alá?

CASILDA. Reprime, señor, la ira;

detén la cólera, mira.

REY. Tus insultos miro ya.

No busques excusas nuevas;

sustento das y favor

á los cristianos.

que el pobre de Juan Pascual
se apartó de Mari Pabros,
y á enmoriscar me trujeron.

CASILDA. No llores.
PASCUAL. ¿Qué, que no (1) lloren?

Si mos vemos entre diabros
de mastines, con perdón,
donde nenguno se ve
que rezando á San Noé
se encomienda á san Jamón?
Si ella sopiera, señora,
las gracias, la donairía
que Mari Pabros tenía,
renegara de ser mora
y huera cristiana vieja.
¡Qué sencillez!

CASILDA. Cuando hilaba,

¡con la sal que mos contaba
al hogar una consejal
Y dormiéndose después,
(que hué brava roncadora),
más el candil en media hora
hilaba que ella en un mes.
¿Pues qué si el brazo desnudo
la espetera estropajaba?
con media azumbre lavaba,
y aun menos, todo un menudo.
Era limpia á maravilla,
al cura se le perdió
la escofieta y la hallé yo
cenando en una morcilla.
Cuajares la vieron her
que se espantara de oillos,
rellenar supo obispillos
que Papas pudieran ser.

Ahora bien, Pascual; de ti,
pues que con don Tello estás,
me fio, presto tendrás
libertad, espera en mí
y saca la provisión
que á los cautivos llevemos,
pues seguros entraremos
á consolar su prisión.
Nadie ahora nos verá.

PASCUAL. Pardiez, que es, señora mía,
piadosa su morería;
aquí una banasta está
llena de roscas y queso,
de carne, arroz y verdura.

(Sacan una canasta llena de platos, pan
y legumbres que Pascual traslada en una
cesta curiosa, y cubrenla con unos mante-
les.)

CASILDA. Pues trasladarlo procura
en esotra.

PASCUAL. Sí, que el peso
de esotra es demasiado
para su delicadeza
y quebrará, si tropieza,
la loza. Mas como ha dado
en que por sus mismas manos
los quiere dar de comer,
apricarlo es menester.

1 En el original decía:
«Que cuando lloren»
Se corrigió por la impresión de Sevilla.

- CASILDA. Señor,
advierte...
- REY. ¿Qué es lo que llevas
ahí?
- CASILDA. Flores que he cogido
para divertir tristezas.
¡Mi Dios, de vuestras grandezas
haced alarde!
- REY. Ofendido
estoy más de tus mentiras
que de tu bárbaro insulto;
pero mal estará oculto
si al cielo no le retiras.
Descubre, Axa, vuelca, arroja,
esa infame provisión.
- (El suelo del tabaqué, ó canasta, se quita
por debajo del tablado, y por el mismo
lugar se llena de flores y hierbas diversas
que vuelca después Axa.)*
- CASILDA. Ahora verás si son
flores todas; quien te enoja
contra mí y da pesadumbres
no te estima como yo.
- PASCUAL. Pardiobre; que se volvió
nuesa comida en legumbres.
- REY. Válgame Alá, ¿estás contenta,
Axa envidiosa?
- AXA. Corrida,
loca, confusa, perdida
estaré con tanta afrenta.
- (Dase con las flores por el rostro y ma-
nos.)*
- REY. La fragancia que me ofrecen,
lo aromático que exhalan,
al paso que me regalan
mis canas rejuvenecen.
Del cielo vino este olor
que aquí no los hay iguales;
primaveras inmortales
te han tributado su flor.
Su Amaltea hacerte quiso,
imperio lleves en él,
Mayo eres de su vergel,
Abril de su paraíso.
Dame los brazos, no dudes
de cuanto pedir quisieres.
Flora has sido, serás Ceres
como en frutos flores mudas.
Pídeme dificultades
con que el agravio redima
que te hice.
- CASILDA. El cielo estima
sencilleces y piedades.
En la palabra que ofresces
te tengo hoy de ejecutar,
no me lo osarás negar
si mi salud apetece.
- REY. Por Alá, por su Profeta
y por ti (que iba á decir
que eres más que él), de cumplir
cuanto me pidas; discreta
eres, por fuerza ha de ser
lo que apetezcas decente.
- CASILDA. ¡Ay, Lagos de San Vicente,
y qué presto os pienso ver!
Vamos, diréte en secreto
la merced que me otorgaste...

- REY. Mi senectud remozaste,
flores, por vos me prometo
nueva vida.
- AXA. Yo estoy loca.
¡Ay, envidias infelices!
- PASCUAL. Cautivos, á las narices
podéis hoy pasar la boca.

ACTO TERCERO

*Acompañamiento y el REY FERNANDO por una puerta;
por otra MOROS, D. TELLO, AXA y SANTA CASILDA, de
mora.*

ESCENA PRIMERA

- CASILDA. Déme vuestra Majestad
la mano.
- FERNAN. Dé vuestra Alteza
parabienes á Castilla,
pues ha merecido verla
ennoblecir su corona
desde hoy, con razón soberbia;
pues usurpa el sol al Tajo
trasladándola á sus sierras.
Deudor quedaré á los baños
desde hoy, puesto que no sepa
el sitio que los oculta
ni las virtudes que encierran.
Pues merezco por su causa
que la hermosura posea
de vuestra Alteza, Castilla,
temerosa ya en perderla.
Ojalá, Casilda hermosa,
la fama que los celebra
la salud os restituya
que ofende vuestra belleza.
Estimarélos yo en más
que cuantas preciosas venas
por los cuerpos destos montes
oro en vez de sangre engendran.
- CASILDA. No dudo yo, gran Fernando,
que en provincia donde reina
un Príncipe tan afable
salga la esperanza cierta
que los cielos me aseguran;
no en humanas experiencias
estriba mi confianza,
pocas veces verdadera;
impulsos más superiores
me sacaron de mi tierra
y al Rey, mi padre, inclinaron
el permitirme á la vuestra
donde á vos su dueño os llaman;
donde en la paz y en la guerra
vive la seguridad,
por ser vos quien la gobierna.
¿Quién duda que también vivá
la salud, si ya comienza
á retirarse, con veros,
la causa de mis tristezas?
Ya yo por puntos mejoro.
- TELLO. Y yo, que en vuestra presencia,
gran señor, patrocinado
de la Infanta tengo puestas

- todas mis felicidades
en serviros, si licencia
me dais, diré la embajada
con que vengo.
- REY. Alzad de tierra;
alzd, don Tello, decid.
- TELLO. El Rey Almenón, que intenta
trocar en perpetuas paces
con vos estas breves treguas,
la mitad del alma os fía
y con la Infanta os entrega
el reino que el Tajo abraza
y estima en poco sin ella.
Lágrimas y persuaciones,
que es la mayor elocuencia
que en la mujer amor puso,
le bastaron á hacer fuerza
para dividir de sí
el apoyo en que sustenta
la duración de sus canas,
que remozaba con verla.
El Príncipe Ali Petrán,
que sucediendo en la herencia
después dél de su corona
es blasón de la nobleza,
estaba ausente en Sevilla
cuando el sentir que padezca
su padre amoroso eclipse
la luz de Casilda tierna,
y que el Abril de sus años
malogre las flores frescas
del más gallardo vergel
que esmaltaron primaveras,
al llanto permitió hechizos
con que la Infanta no deja
hora ni instantes al ocio
en que no le intime quejas
amorosas por los baños
que, de su salud profetas,
dice que esconde Castilla,
cifrando en ellos sus medras.
Afirma que el cielo mismo
con misteriosas promesas
le pronosticó en sus aguas
saludables evidencias;
que es imposible cobrarla
de otra suerte, y si desea
su bien, será menos daño
llorarla ausente que muerta.
Convocó el Rey los alcaldes
de Madrid y Talavera,
Guadalajara y Ocaña,
Alcalá, Yepes y Cuéncia;
propúsoles este asunto,
y aunque opiniones diversas
ya afirman, ya contradicen,
finalmente se sujetan
al gusto de quien los manda,
porque la lisonja lleva
en todos los tribunales
la razón tras la potencia.
Concluyóse, en fin, la paz,
gran señor, con vuestra Alteza,
pidiendo en esta jornada
vuestra permisión, y de ella
obligado y satisfecho
su expedición me encomienda.
- Por su embajador me envía,
con palabra de que vuelva
brevemente á restaurarle
la vida con la presencia
del alma que se le aparta,
de la luz que se le ausenta.
Despidiéronse los dos
y ella, que, toda clemencia,
de los cautivos cristianos
aliviaba las miserias,
pidiendo su libertad
al padre piadoso, deja
despojadas las mazmorras,
inútiles sus cadenas.
Dos mil de Toledo saca,
que ya en su patria se alegran,
digna que tal redentora
en anales permanezca.
El Rey de Toledo, en fin,
gran Fernando, para muestras
de la fe con que os obliga
y la amistad que os profesa,
os remite cien caballos
que, con otras tantas yeguas,
Córdoba al Betis usurpa,
Toledo admiró en su vega;
cien acémilas cargadas
de los desvelos del Persa,
de los esquilmos del Parto,
de los tesoros de Grecia,
de los metales monarcas,
granas, alcatifas, telas,
á vuestros pies reales postra;
y por que en su estima venza
las dádivas de Alejandro,
pródigo os da en una prenda
la mejor de su corona,
la mayor de sus riquezas,
el alma y vida en la Infanta,
que es cifra de sus grandezas.
- FERNAN. Cuerdamente habéis sabido,
don Tello, aplacar ofensas,
pues servicios semejantes
más obligan que destemplan.
¿Adónde está doña Blanca?
- TELLO. En la villa de Briviesca
goza de dos libertades:
la del cuerpo la primera
á su patria reducida,
y la del alma, que exenta
de las pensiones de amor
ya es señora de sí mesma.
- FERNAN. ¿No sois vos esposo suyo?
- TELLO. No, señor.
- FERNAN. ¿Por qué?
- TELLO. No fuera
lícito en provincia extraña,
sin vuestro gusto y licencia,
Pues ¿cómo decís ahora
que, libre ya, su alma reina
de sí misma, si es que os ama?
- TELLO. Mudanzas la dicha alteran
del mar del primer amor.
Como cansa la asistencia,
y yo siempre la he servido,
ya me olvida.
- FERNAN. Su extrañeza,

don Tello, ha de estaros mal; porque aquí la competencia de don Diego os ha de hacer mal tercio, que adora en ella. Yo os restituyo á mi gracia; y aunque á la suya quisiera, dudo que en jurisdicciones de amor poder un Rey tenga. Notable ocasión perdiste; pues cuando las aprovecha todo solícito amante malograste las de ausencia. O servidla, ú olvidadla, que yo, sin haceros fuerza, neutral con don Diego y vos, y atento á las diligencias del que fuera más feliz, premiaré al uno con ella. Y vos, Infanta y señora, sin extrañar diferencias de leyes y de regiones, juzgaos en la patria vuestra, que si allí fuisteis Infanta, en Castilla seréis Reina, dichoso todo mi estado en que serviros merezca.

CASILDA. Segura yo de la fama que justamente celebra vuestro valor, me dispuse á experimentarla y verla. Ni á mi patria ni á mi padre echo menos, que ofendiera el favor que os reconozco si me juzgara en la ajena. Por mi padre os tengo yo y como tal me conceda licencia, que sólo busque estos Lagos, vuestra Alteza. Yo sé que impiden ballarlos ostentaciones soberbias de aplausos y compañías; el cielo me dió sus señas y él mismo inclina mis pasos para que mis diligencias sin presunciones humanas hallar su sitio merezcan. Esta merced os suplico.

FERNAN. Admire nuestra tibieza, Infanta, vuestro fervor, y no se impida esta empresa; por mí, con vos Tello vaya, y como á mí os obedezcan cuantos lugares y villas gozaren vuestra presencia. Que si, como en Dios confío, vuestra fe saliese cierta y hallando el agua admirable que ignoramos, tengo nuevas de vuestra salud, mi Corte os recibirá á la vuelta con triunfos que satisfagan mis deseos y sus fiestas.

CASILDA. El cielo, invicto Fernando, la monarquía os conceda de España, que dividida en tantos reinos, tragedias del Godo infelice llora,

para que en vuestra cabeza totalmente restaurada á su antiguo esplendor vuelva.
(Vanse el Rey y los suyos.)

ESCENA II

SANTA CASILDA, AXA y DON TELLO.

AXA.

Solo un mes, prima mía, de plazo dió tu padre á la porfía con que aquí hallar esperas estos Lagos (mejor diré, quimeras), pues que te descaminas por patrias y regiones peregrinas. Busquémoslos, si es cierto que esconde tal milagro este desierto. Que, ya, Infanta, en sus valles, ya en sus montes, remedio y salud halles, ó ya, conforme creo, quimérico te engañe tu deseo, el término cumplido nos hemos de volver.

CASILDA.

Quien me ha traído

hasta aquí sin recelo de tanto inconveniente, que es el Cielo, nunca, prima, se estrecha en límites humanos; satisfecha estoy, aunque te asombres de hallar salud aquí, ya que en los hombres se muere mi esperanza; ¿qué sabes tú si estriba en la tardanza que Dios tiene dispuesta mi salud? Lo difícil mucho cuesta. Ya un mes, un año aguarde el bien; si viene, nunca llega tarde; ojalá la fe mía discurriera sin vuestra compañía por estas soledades, hallara en ellas yo felicidades que, por la vuestra ciega, me las dilata el Cielo ó me las niega.

AXA.

Ya estás, prima, entendida; ya yo la causa sé de tu venida; no en Lagos mentirosos estriban tus deseos amorosos, que éstos imaginados encubridores son de tus cuidados. Lagos, si, que de llamas ilícitas te encienden, pues que sé que amas á don Tello, de suerte, que el honor atropellas y la muerte. Celos de doña Blanca en Castilla te abrieron puerta franca, por ver que si venía con ella, y tu esperanza enflaquecía; con ilusiones vanas del Rey tu padre enterneceste canas, y disfrazando engaños, hechizos diste á sus postreros años, para que permitiese que consigo don Tello te trajese.

Doña Blanca, ofendida de ti, y don Tello que por ti la olvida, apenas de su tierra pisó la raya, cuando se destierra de agravios que á la vista ofenden más; don Tello, en fin, asista á tus ojos, que en ellos duplicarás por ser cristal los Tellos.

DON TELLO.

Axa atrevida, enfrena la lengua torpe de malicias llena. ¿Qué has visto en mí y la Infanta que pueda ocasionar blasfemia tanta?

AXA.

He visto que te adora, que olvida nuestra ley; que Blanca llora tu ingratitud y olvido; que á su padre y hermano, fementido, pagas el ampararte en su reino, y ahora asegurarte la patria, hacienda y vida en robarle la Infanta que perdida por ti con torpe llama su ley, su sangre y su corona infama.

CASILDA.

Mi Dios, á Vos os toca mirar por mi opinión contra esta loca, que su malicia muestra; por mi causa volved, y por la vuestra.

(Vuela la Santa.)

VOZ.

Si haré, Casilda mía. No te merecen, ven, y en mí confía.

DON TELLO.

¿Qué es esto, cielos santos?

AXA.

Hechizos tuyos son; serán encantos de tu ley que nos vende traiciones por milagros; ya se entiende el fin de tus cautelas.

DON TELLO.

Paloma pura que amorosa vuelas á la estación segura donde vive sin riesgos la ventura, ¿por qué cruel conmigo? Alas tiene mi amor, las tuyas sigo.

(Vase.)

ESCENA III

AXA.

¿Su amor sigue su vuelo? Luego es ya certidumbre mi recelo; luego para gozarla con hechizos intenta remontarla. ¡Ay rabiosas sospechas! Al vuelo los matad, tiradlos flechas; mas ¿qué flechas mayores que celosas venganzas y rigores? Yo haré que en vez de espigas cubran los campos armas enemigas; despoblaré á Toledo

por que á Castilla, al mundo, ponga miedo. Provocaré esta injuria al Príncipe y al Rey á tanta furia, que con su gente toda renueve el llanto á la tragedia goda. Marchemos á Toledo, que si con celos viva llegar puedo, verá Fernando presto el peligro mortal en que está puesto, y que, si en él se apoya, será Casilda Elena, Burgos Troya. (Vase.)

ESCENA IV

ALÍ PETRÁN y ABÉN ROGEL, moros

ALÍ. No hay fiar en amistad de cristiano, pues salió falsa la de Tello; no en prendas y calidad de nobleza castellana. Engañóme fementido, Tello, desagradecido; llevóme el honor y hermana, que así paga beneficios quien respetos atropella; amaba yo á Blanca bella, y por deslumbrar indicios de mi pena y no agraviarle, de suerte incendios reprimo que á que la ausente le animo, ¡qué mal hice en no matarle! Pues corriendo por su cuenta correspondencias de amigo, yo con su dama le obligo y él con mi hermana me afrenta.

ABÉN. No injurias, Príncipe, así la virtud más conocida que dió á la alabanza vida; míralo bien, vuelve en ti. La Infanta es toda pureza, su padre el Rey, todo amor; Fernando, todo valor; don Tello, todo nobleza. Ciegamente satisfacés la fama de tu opinión; con esa imaginación no quiebres, señor, las paces con Fernando establecidas, que si en su poder está la Infanta ocasión tendrá en que vengarse.

ALÍ. No hay vidas en toda la cristiandad que puedan venganza darme; en vano intentas templarme con quimeras su amistad. Rompió don Tello conmigo, de la Infanta enamorado; mi amistad ha profanado por llevársela consigo. Fingió lazos milagrosos que al Rey mi padre engañaron; que me ausentase aguardaron, traidores y cavilosos. ¿Qué lagos, qué aguas divinas tiene Castilla excelentes

que en mortales accidentes aseguran medicinas?
¿Son en Toledo distintos cristales de más virtud?
Si hay aguas que den salud, fuentes tiene de jacintos Toledo, donde pudiera, cuando los venera España, la Infanta que nos engaña cobrar la salud que espera. Más oro que peces cría nuestro Tajo en sus arenas, que para aliviar sus penas, curar su melancolía, si ella no fuese mudable dieran remedio á su mal; que el Tajo, todo cristal, también es oro potable. Tello y Casilda me ofenden: en Cristo la Infanta adora, ni el Rey Fernando lo ignora ni es bien, aunque lo pretenden, que desmienta mi recelo mientras venganza no toma de todos tres; por Mahoma que he de postrar por el suelo cuantas poblaciones dan á Fernando la obediencia; no se fie en la clemencia Castilla de Ali Petrán. ¿Qué gente hemos cautivado? Trescientos, que á tus enojos sirven de tristes despojos, y la paz ha descuidado de Toledo con Castilla.

ABÉN. Yo mismo tengo de ser su verdugo; yo verter su sangre, yo destruilla. Lavaré esta tarde en ellos mi injuria; al cielo pluguiera que tantos Tellos hubiera como hoy pienso segar cuellos, que con todos no apagara la sed que ocasión me da á su muerte.

ABÉN. De aquí está no lejos Guadalajara; venderlos será mejor en ella, si pagar quieres tus moros, que hay cien mujeres y treinta niños. Señor: templa tu enojo, enriquece con la presa á tus soldados.

ALÍ. Al paso que mis cuidados, la venganza de ellos crece. Atadlos todos, dejad que imagine en cada cuello una Casilda y un Tello, oprobio de la amistad.

ABÉN. Véngate, pues, riguroso; tu acero en su sangre baña si es digna tan torpe hazaña de un Príncipe generoso.

(Vase.)

ESCENA V

ALÍ, luego NUESTRA SEÑORA.

ALÍ. ¡Oh, cobardel! ¿tú también me injurias? Por Alá santo que tengo de ser espanto del bautismo en cuantos ven mis ojos; no me mitigues piedad hasta aquí afectada: triunfe de ingratos mi espada.

MARÍA. Petrán, ¿por qué me persigues?
(Quiere entrarse la espada desnuda; ábrese al paso una higuera, y entre las ramas se aparece Nuestra Señora; cae Ali asombrado, é hinca la rodilla; quédase con la espada como amenazando á la imagen.)

ALÍ. Todo el cielo sea conmigo, ¿qué hielo es el que me abrasa? ¿qué fuego en nieve traspasa el alma que en él mitigo? ¿Quién eres, luz milagrosa, formidable y apacible, suave cuando terrible, tierna cuando rigurosa? ¿Quién eres, que tal espanto has puesto en el alma mía que tiembla?

MARÍA. Yo soy María, á quien tú persigues tanto. Contra estímulos del cielo vana resistencia haces.

ALÍ. Saulo afirman que hizo paces con Cristo postrado al suelo cuando otro tanto le dijo, si es bien que crédito dé á ministros de su fe.

MARÍA. Ese es Dios, y ese es mi Hijo.

ALÍ. Ese por ti mi fe adora:

MARÍA. ¿qué quieres hacer de mí?

ALÍ. Un Saulo segundo.

MARÍA. En ti mi ventura se mejora.

ALÍ. Cristiano quiero que seas, que á servirte te apercibas, que en esta soledad vivas, que el amor que en Blanca empleas lo mudes en mí.

ALÍ. Favor digno de esa mano franca, vos sois pura, vos sois blanca, vos las medras de mi amor. Con vos, cándida Señora, la nieve que aurora pisa, comparada es etiopisa; la noche ella, vos la aurora. Soldados, alcades, gentes, moros, venid á admirar un árbol que sabe dar por fruto el sol en su Oriente. Estrellas lleva por flores que exhalan aromas samios, celebrad epitalamios, exagerad mis amores, alcades, moros, cautivos.

MARÍA. No te canses en llamarlos, mi vista pudo asombrarlos, pocos de ellos huyen vivos;

libres mis cautivos gozan la patria que les negaste. Los rayos que fulminaste enamorando destrozan; causado han contrario efecto Señora, en ellos y en mí.

MARÍA. Quiérote yo sólo á ti, que el firme amor es secreto; finezas son voluntades, y éstas méritos subliman; los que se aman más estiman que imperios las soledades. En ésta quiero que asistas: tu hermana, de mi Hijo esposa, sierras habita amorosa; hoy sale en ellas á vistas.

ALÍ. Imítala tú oficioso, pues por mi prenda te elijo; ella esposa de mi Hijo y tú de su Madre esposo. Aquí has de vivir, Petrán, para blasón del Bautismo, conquistador de ti mismo, de mi imagen capellán.

ALÍ. Yo propia he de bautizarte.

MARÍA. ¡Hay tan inmortal favor! Ministro tendré mejor que el Hombre Dios si en tal parte la primer gracia me das que las almas eterniza, pues si á Cristo Juan bautiza á mí su Madre, que es más. ¿Pero adónde hallar podremos agua que materia dé al principio de su fe si seco este valle vemos?

MARÍA. Más puedo yo que Moisés, que soy de Jessé la vara; fuente milagrosa y clara brotará el campo á tus pies. Vente á bautizar en ella.

ALÍ. Esferas de eterno ornato, suplid hoy el aparato de mi bautismo; luz bella del sol, sírveme esta vez de vela sobre la fuente de tu globo transparente; Aurora, tu candidez de la pureza me vista que la gracia al alma da; lluevan los cielos maná en que el pan de amor asista, que es mazapán verdadero que al Bautismo da eficacia; la paloma, toda gracia, será la sal y el salero. El manantial perenne del Uno y Tres, que ya adoro, será el aguamanil de oro pues de El todo el bien nos viene. Serafines y querubes, de luz argentando el viento, honren mi acompañamiento sobre carrozas de nubes, que la mayor jerarquía bien puede venir por vos, donde es el padrino Dios

y me bautiza María.

(Música: de dos nubes bajan al tablado seis ángeles, tres de cada una, con mazapán, vela, salero, fuente, capillo y aguamanil. El mismo árbol baja hasta poner en el tablado á Nuestra Señora; entranse en dos hileras, detrás Nuestra Señora y á su lado el Príncipe.)

MARÍA. Todos los que has convidado quiero yo que honra te den.

ALÍ. Racimos de luz se ven que el Olimpo han despoblado.

MARÍA. A quien es mi Capellán de esta suerte sé yo honralle; ven, y llámese este valle de tu nombre, Sopetrán.

ESCENA VI

PASCUAL y CARRASCO, villanos.

PASCUAL. ¿De aquí á ocho días?

CARRASCO. Sin duda.

PASCUAL. ¿Mari Pabros y Gilote?

CARRASCO. Mari Pabros con su dote.

PASCUAL. ¿Se me muda?

CARRASCO. Se te muda.

PASCUAL. ¿Y que se chere casar?

CARRASCO. Herlo de semana espera.

PASCUAL. ¿Hasta que el otro se muera?

CARRASCO. Hasta llegarlo á enterrar.

PASCUAL. ¿Con Gilote?

CARRASCO. ¿Pues con quién?

PASCUAL. ¿Mari Pabros?

CARRASCO. Mari Pedros.

PASCUAL. Verá el diablo con los medros

que sale quien chere bien;

idvos, que me chero ahorcar.

CARRASCO. ¿Cuándo?

PASCUAL. ¿Qué diabros sé yo?

CARRASCO. ¿Que se mudó?

PASCUAL. ¿Se mudó?

CARRASCO. ¿Mari Pabros?

CARRASCO. ¡Pescudar!

PASCUAL. Pues ya mi engaño quillotra

la venganza más extraña

que ha vido nuesa montaña.

CARRASCO. ¿Cuál es?

PASCUAL. Casarme con otra.

CARRASCO. Si pudieses bien harías.

PASCUAL. Pues ¿por qué no han de poder?

Olalla es moza y mujer.

Mas, en fin, ¿de aquí á ocho días

se matrineñan los dos?

CARRASCO. Su tía lo ha concertado.

PASCUAL. ¿La del ojo arremangado?

CARRASCO. Ésa.

PASCUAL. Maldígala Dios. *(Vase Carrasco.)*

MARICA, pues te mudaste

en medio año que tardé,

á tu boda cantaré

que no hay quien baste (1)

contra la voluntad grande porfía

de un Gil, de Mari Pabros y su tía.

(1) Verso incompleto en ambas impresiones.

ESCENA VII

Baja MARI PABLOS las peñas hilando y canta.—DICHOS.

MARI. De hoy en ocho días si le praxe á Dios ¡hu, hu, hu, los dos, hu, hu, hu, los dos!

PASCUAL. ¿Los dos? Mal año y mal mes; sí, hilad, hilad: Bercebú vos hile; cantá el ¡hu! ¡hu! que muy buena hillaza hacés. Echá tela para el dote y de mí no se vos liembre; hilad, que muy buen urdiembre haredes vos y Gilote.

MARI. ¿Pascualillo? ¿Pascualejo? ¿Pascualote el mi llorado? (Baja.) ¿qué ¿no estabas cativado? No me cabe en el pellejo el gozo: embracijame.

PASCUAL. Arredraos, la engilotada, que muy gentil ensalada habéis hecho, si á la he.

MARI. Si en finito no te chero, simás por ti no he llorado que un andalubio ñublado, que todo un Diciembre entero, que junto al hogar un bizco, que cuando cebollas topo, que en un entierro un guisopo, que un arroyo por un risco, mala landre...

PASCUAL. En ocho días, si le praxe, praxe á Dios,

MARI. Endiviné que venías á la matrimonadura, que por puntos aguardaba y cantando convidaba vecinos, alcalde y cura porque viniesen á honrarme después que te lloré muerto.

PASCUAL. Mari Pabros, ¿esto es cierto?

MARI. Como el finar y enterrarnos.

PASCUAL. ¿Qué no tenes voluntad á Gilote el del hu, hu?

MARI. Verá: ¿yo á Gilote? ¡Pul!

PASCUAL. Escopid la otra metá y escopiréis vuestro nombre.

MARI. Éa, desenójese, no chero que murrio esté, que es garrido y gentil hombre, el mi manso, el mi pachón encaja aquí.

PASCUAL. Mari Pabros, estaos queda con los diabros, que me da el arremetón.

ESCENA VIII

Salen el REY FERNANDO y DOÑA BLANCA.—DICHOS.

BLANCA. Huyó de tu compañía la Infanta mora y don Tello, tu Alteza puede sabello de los moros que traía. Si de tí su Rey se fia y después su ofensa sabe

peligro amenaza grave á tu reino y su opinión, mientras la satisfacción estas sospechas no lave.

FERNAN. Doña Blanca, si es verdad lo que afirmas, y no creo, caro le saldrá el empleo de su torpe voluntad; Tello, en mi severidad, hallará justos castigos, y yo en Toledo testigos, cuando á su Infanta les dé, que amistades guardar sé como vencer enemigos. No me los han de esconder cuantos riscos dificultan las sierras que los ocultan los valles que llevo á ver. Mas primero he de tener quien de esto me certifique, que mis enojos publique.

PASCUAL. Mosca le dio á nuesto Rey: huyamos, aho...

MARI. Bien se veye.
PASCUAL. Par Dios, que mos crucifique. (Vanse estos dos.)

ESCENA IX

Salen DON TELLO, REY FERNANDO y DOÑA BLANCA.

DON TELLO.

Oye, Fernando invicto, novedades que illustren, por divinas, tu memoria; desmentirán novelas sus verdades dando aplausos al cielo, á España historia; no en bronces, pero sí en eternidades, á Castilla blasón, á Burgos gloria, la fama envidia á nuestros siglos canta, ocasionada de Casilda santa. Esta, que del blasfemo barbarismo del pseudo Cristo que idolatra Meca, fénix renace sólo de sí mismo, única y fresca flor de planta seca para triunfos eternos del Bautismo; coronas pisa; por desiertos trueca del solio augusto aclamaciones reales, púrpuras ya en Casilda los sayales. Estorbaba deseos la malicia de su infiel compañía, cuando anhela retiros el afecto, y la noticia del amoroso ardor que la desvela; volvió por la inocencia la justicia, peregrina impresión regiones vuela, garza veloz que penetrando vientos aires engaña y vuela pensamientos. Siguiéronle mis ojos, mis suspiros, éstos se lleva y se remonta á aquéllos, diamante flor en prados de zafiros, del sol opositores sus cabellos. Registré soledades y retiros, voces y pasos aventuro entre ellos; mas ¿qué importa, si en vano, aunque veloces, desmaya pasos y enronquece voces? Pródigo de la vista, la dilato desde una elevación que, presumida, monarca es de diamante, cuyo ornato

el mal redime y á la envidia abrasa.

DON FERNANDO.

Vamos á ver prodigios de los cielos que, si como don Tello, afirma, pasa, pies de Casilda adorarán mis labios.

DOÑA BLANCA.

¡Ay celos de alquitrán, padres de agravios!

(Vanse.)

ESCENA X

Salen cuatro cuadrillas por entrambas puertas, cada una de por sí, todos los de la compañía cantando con pandero, sonajas, tamboril y gaita, vestidos de villanos.

Mús. 1.º «¡Ay que á las velas de Casilda santa Quintana de Bureva se lleva la gala!

Mús. 2.º ¡Ay que á la vela de la ermita nueva Rojas y Galbarros la gala se llevan!

Mús. 3.º ¡Ay que á la vela de los lagos nuevos á todos se la gana la gaita de Bueso!

Mús. 1.º Bueso.

Mús. 2.º Quintana.

Mús. 3.º Rojas y Galbarros.

Mús. 4.º ¡Vitor Quintana, cola todos cuatro!

CARRASC. No tengamos carambola, si á velar venido habemos, son asentarse y callemos.

MARI. ¡Vitor Bueso y todos cola!

UNO. Si empezáis á daros, vaya, en pendencia acabaremos la fiesta, amigos, bailemos todos juntos.

CARRASC. Vaya.

MARI. Vaya.

UNOS. «Que el pandero y la gaita de Ontoria táñela tú, que á mí no me toca.

(Bailan.)

OTROS. Quien tuviere flujo de sangre éntre en los Lagos y en ellos se bañe.

TODOS. Tócala tú, que á mí no me atañe.

OTROS. La mujer que no es paridera lléguese al baño y tirele piedras.

TODOS. Tócala tú, que á mí me da pena, que el pandero y la gaita de Ontoria táñela tú, que á mí no me toca.»

(En lo alto de las peñas Pascual.)

PASCUAL. ¿Mari Pabros, ha de abajo?

Serranos no os lo bailéis todo, aguardad.

MARI. Hao, ¿qué heis?

PASCUAL. Echar por esotro atajo.

MARI. ¿Quién diablo os encaramó el mi Pascual?

PASCUAL. Pide olores

Casilda y cójola flores para el altar que labró á San Vicente en la cueva.

MARI. ¿Y si dais de colodrillo?

PASCUAL. Vo á cortar aquel tomillo que enrame la ermita nueva.

MARI. Ojo con la mata, asilda, no haya enterrorio después.

(Destiza y cae quedándose asido de un tomillo todo el cuerpo en el aire.)

trono es del sol cuando amanece vida, lince de un valle el fin, á Flora grato, sobre un enano mar miro vestido del mismo sol que se incorpora en ella retratarse en sus vidrios una estrella. Yacen dos lagos en distancia breve al pie de esa apacible pesadumbre, néctar de Apolo que abrasado bebe cuando le causa sed su misma lumbré, y es su pechera en desatada nieve desde el verde coturno hasta la cumbre, la sierra su vecina que entre espumas aloja escamas y naufraga plumas. Casilda, pues, en la arenosa orilla, norte suyo la estrella precursora, falaces yo en los pies para seguilla, mis voces huye y de estación mejora; un césped se le acerca, maravilla que pasma al mismo tiempo que enamora, pues ya leve bajel sin vela y remo la traslada instantánea al otro extremo. Toca apenas cristales con la planta cuando su enfermedad huye vencida, santas sus aguas por Casilda santa pues ya ofrecen salud, ya voz de vida; su virgineo contacto virtud tanta al lago comunica, que se olvida la sangre fugitiva ó se restaña de quien llega mortal y en él se baña.

Deja aquel valle, pues, y yo la sigo, juzgando por atajos los rodeos, hasta una cueva donde fui testigo de mártires victorias y trofeos.

Vicente, desde el tiempo en que Rodrigo tan mala cuenta dió de sus empleos y el africano tiraniza á España,

con sus reliquias honra esta montaña. En ella hallé á Casilda, en ella erige mausoleo á Vicente donde pueda su culto venerar que en ella elige la habitación con que su amor hospeda;

convoca jornaleros y dirige cuanto oro, plata, joyas, perlas, seda, del poder de su padre son indicio para que abrevie el premio su edificio.

Vuela la fama y los extremos toca de España, que escuchándola se admira multiplicada en lenguas, que una es poca, verdad toda esta vez, las más mentira.

A ver este prodigio se convoca cuanta nobleza, cuanto vulgo mira desde sus atalayas la Bureva, sus valles población, corte su cueva.

Estos los Lagos son de San Vicente, incógnitos hasta hoy, ya medicina de toda enfermedad, todo accidente. Angel la Infanta ya de esta piscina, Magdalena segunda penitente,

pero cándida virgen que encamina al cielo afectos que la den corona y España la venere por Patrona.

DON FERNANDO.

Testigos falsos, Blanca, son los celos enemigos sofisticos de casa.

DOÑA BLANCA.

Dichosa la verdad que en sus desvelos

PASCUAL. Huéronseme dambos pies:

¡válgasme Santa Casilda!

CARRASC. ¡San Vicente sea contigo!

TODOS. ¡Jesús!

PASCUAL. Todo me bazuco; tomillo, á ser vos sahuco sino es que hué cabrahigo la remembranza de Judas representa Juan Pascual, Mari Pabros, sin dogal me ahorcan, las tocas viudas vos poned.

MARI. ¡Triste soceso!

CARRASC. Hombre, encomiéndate á Dios.

PASCUAL. Encomendaos por mi vos que yo no estó para eso. El mi tomillo salsero, vuéveteme mechinal, que de tu tomillo y sal componer mi nombre chero. Tomé de la Sal seré; mi mujer será Tomasa, Tomillos los de mi casa mi apóstol Santo Tomé. Santa mora ya cristiana, Casilda la ermitañesa, la amorosa, la infantesa la virgen, la toledana, doleos la santa de mí pues vine con vos del Tajo... Parece que va ancia bajo, dando el tomillo de sí. Descuélgome poco á poco. *(Vase alargando el tomillo y él bajando.)*

MARI. ¡Milagro!

TODOS. ¡Milagro extrañol! *(Llega abajo.)*

PASCUAL. Del mi suelo, año buen año; con los hocicos vos toco. *(Besa el suelo.)*

MARI. ¡El mi dueño, el mi carillo! llega y embracijame.

PASCUAL. Cuido que no os oleré Mari Pabros á tomillo.

MARI. Bien haya quien en vos creye, Santa.

PASCUAL. ¡Hao! ¿qué gente es ésta?

CARRASC. El Rey que viene á la fiesta

PASCUAL. No es mi algalia para el Rey.

ESCENA XI

Salen REY FERNANDO y DOÑA BLANCA. —DICHOS.

FERNAN. Celos, doña Blanca hermosa, tienen impetus franceses, rígueros al principio, después ni activos ni fuertes. Nieblas enlutan al sol, mas en humo las resuelve la eficacia de sus rayos que, aunque acometidos, vencen. Sol es la verdad, en fin, puesto que eclipsarla inte en nieblas del amor celosas, que cuando amenazan mueren. Vos habéis cuerda elegido

prenda en don Tello á quien debe vuestro amor perseverancias dignas que con vos se premien. Don Diego ya no compite con él, antes interceden en su favor amistades que indignaron accidentes; daréisle en Burgos la mano.

BLANCA. Sois vos, Fernando el clemente, el iris de nuestras paces, el espejo de los Reyes.

ESCENA XII

Sale DON TELLO. —DICHOS.

TELLO. Nuestra Infanta, gran señor, tanto con los cielos puede que eslabonando milagros admiraciones suspende. A costa de sus tesoros templo fabrica solemne al César aragonés, al siempre invicto Vicente. Mas el común enemigo, envidioso de que herede Casilda á Dios los milagros con que esta tierra ennoblece, lo que labrara de día, de noche, torpe y aleve, por el suelo derribaba, porque el edificio cese. Pidió favor á su esposo, Casilda, y entre la ardiente suspensión de sus discursos, éxtasis toda celeste, inmóvil el cuerpo virgen, oye que Dios la promete su fábrica restaurarle sobre ese risco eminente. Juntáronse las ruinas y por sí solas se mueven (los ángeles de este alcázar artífices solamente). Toda la fábrica vuela por las nubes, de la suerte que de Palestina á Italia lo que en el Oreto tiene asiento felices siglos. Tanto Casilda merece que ya las piedras son plumas, por ella lo grave es leve.

(Música: sube una ermita toda y en ella, abiertas las puertas, de rodillas la Santa elevada, y asiéntase el edificio sobre lo más enriscado de las peñas.)

FERNAN. ¡Oh asombro de los milagros! ¡Oh virgen!, que porque vuela águila, al trono del sol, hasta su esfera te atreves: patrón seré de tu casa.

TELLO. Toledo envidie y celebre si venturoso el criarte, lloroso y triste el perderte la Patrona de Castilla. *Los Lagos de San Vicente* son éstos; en la segunda, TIRSO, su fin os promete.

ESCARMIENTOS PARA EL CUERDO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

GARCÍA DE SÁ, *viejo*.
DON JUAN DE MASCAREÑAS.
MANUEL DE SOSA.
DOÑA MARÍA DE SILVA.
SAFIDÍN, *Rey indio*.
BUNGA, *negra*.
DIAGUITO, *niño*.
CARBAYO, *lacayo*.
BARBOSA.

DOÑA LEONOR DE SÁ.
DOÑA ISABEL.
ROSAMBUCA, *Reina*.
CURGURU, *negro*.
QUINGO, *negro*.
MARINEROS.
DOS CRIADOS.
NEGROS.
SOLDADOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Música de todos géneros y entran por un palenque con los instrumentos de un bautismo en fuentes de plata, GENTILES HOMBRES bizarros en cuerpo; detrás de todos DON JUAN, que lleva sobre una fuente un turbante y en él una corona, y en el remate una cruz. Luego vestido á lo turquesco, de blanco, el REY SAFIDÍN, descubierta la cabeza; á su lado GARCÍA DE SÁ, viejo, gobernador, bizarro, en cuerpo á lo antiguo. Por otro palenque SOLDADOS bizarros, uno de ellos con la banda de las Quinas de Portugal; y arcabuces, trompetas y cajas. Detrás, arrastrando una pica, MANUEL DE SOSA, muy bizarro, y delante del DIAGUITO con arcabuz pequeño, espada y daga. Arriba, en un balcón despejado y grande, la REINA ROSAMBUCA á lo indio, coronada, y á su lado DOÑA LEONOR, muy bizarra, y DOÑA MARÍA, de hombre, muy galán. Va á besar la mano MANUEL á GARCÍA y tiénele.

MANUEL. A los triunfos portugueses, cuyas belicosas quinas, armas ya, primero estrellas, tiembla el Asia, Europa envidia, después que logró la Iglesia las católicas viglias

de Enrique, glorioso infante, que ocasiona las primicias deste dilatado imperio y en diez lustros vió su silla, Portugal, triunfante en Goa, freno absoluto de la India; á sus triunfos, pues, eternos, añade Vueseñoría, Gobernador generoso de tanto emporio y provincias, el que la fama le ofrece con la victoria más digna de perpetuarse en bronce que conservó el tiempo escritas. Quiso el gran Nuño de Acuña dar fin dichoso á sus días y gobierno, que en diez años honraron tantas conquistas, con la inexpugnable fuerza de Dio, que vió cumplida, á pesar de resistencias, ya idólatras, ya moriscas. Dióla cuatrocientas brazas de ruedo, con perspectiva y figura triangular, y en sus ángulos fabrica tres célebres baluartes, sin otro, que predomina en medio la fuerza de armas; y al cabo la tífica